

Convencido como estoy de que la crítica no debe ser más que el arte de gozar del Arte, según hermoso decir de D'Annunzio.

Porque eso de vapulear á destajo todo lo que no encaje en el criterio que ciertos señores se han forjado en su intelecto, no debe tener carta de ciudadanía en la Urbe del Arte; esa crítica que Goethe llamó destructora, y que consiste en reputar por mala toda obra que no armonice con los cánones fijados por esos pseudoes-tetas, esa crítica, digo, esterioriza en su modo de obrar "una bestial sordidez de espíritu", como muy bien dice el erudito González Blanco; y semejante proceder no reza con todo aquello que ostente un ligero matiz de belleza.

Pero no divaguemos... El espíritu exulta demasiado saboreando alientos de Mussy para que nos preocupemos de que puedan añusgarse los sedientos críticos...

Román Cortés es todo un artista. Es un poeta inspiradísimo y brillante, soñador y nostálgico, cincelador de verso elegante, culto, ameno, pomposo y sonoro. En su fantasía arde potente y vivaz toda una gama de notas para los afectos, una infinidad brillante de matices para las imágenes que van saltando como los acordes musicales en la sonata polonesa de Hummel.

En la primera estancia tiene poesías como *Mi Crucifijo* y *Despedida* que rememoran á Balart y Becquer por la savia de tristeza que circula en las dolientes musitaciones.

Una angustia honda é inmensa gravita dolorosamente sobre la orfandad de su vida, y el poeta nos la hace sentir en elegiacos trenos, y al hacernos sentir nos hace llorar lágrimas de dolor por su pena, lágrimas de placer por su arte. Pocas estrofas tan tristemente sentimentales como estas:

"Yo no puedo cantar si no es llorando,  
yo no puedo reír si no es gimiendo,  
que mi musa es más triste que la luna  
alumbrando el tapial de un cementerio.

Yo quizás moriré sin que una mano  
mi cara cubra con un fino lienzo:  
yo quizás moriré sin que una lágrima  
se vierta al contemplar mi helado cuerpo.

¿No es esto suficiente para calificarlo de poeta?

"El poeta más grande—ha escrito la Pardo Bazán—será siempre el que más enteramente se comunique".

En la segunda estancia, ó *Religiosas*, luce el regio endecasílabo sus más floridas galas, su música más armoniosa y variada, como el teclado de un piano en que fueran sucediéndose Beethoven, Gottschalk, Schuber y Litz.

Y ya pisamos la última estancia, de los *Caprichos*, donde la fastuosidad deslumbrante de luz compete con la opulencia de la frase y el atrevimiento en las formas.

En esta estancia ha sufrido la musa un hemofórax de la hirviente sangre de la inspiración... Se sienten refulgencias solares de pleno Agosto, rodar de oleajes en alta mar, ebullición ovárica en un seno repleto de ansias de vivir...

*Templo y Sacerdote*, nos trae remembranzas de oda Pindárica por su robusta

entonación sagrada y por la múltiple coloración brillante, parece desprendida de las *Trompetas de órgano*, de su paisano y amigo el escenógrafo Rueda.

Ha recorrido la creación, y de cada ser ha extraído el alma lumínica, vegetativa, musical y jugosa para esculpirla con frase plasmante sobre el purísimo mármol del Arte.

*María Luisa*, es una joya que podía engastarse en el diáfano tejido de las inimitables sonatas de Valle-Inclán, á quien va dirigida con el precioso y exacto epíteto de "ánfora antigua de plata moderna".

Es la poesía tan delicadamente bella como la mujer:

"Un momento ha flotado tu figura  
como ensueño de mística ventura...  
¡un suspiro de luz entre capuces!  
¡un capullo de flor entre dos luces!"

*Caballería árabe*, es un ensayo de marcha esdrújula: al modular aquellas estrofas robustas, onomatopéyicas y estridentes, vibrarían inquietos y rápidos los nervios del poeta, azotados por ráfagas de la *Rapsodia húngara*...

*El tiempo*, es una composición original, hermosa, con respuntes de modernista... Cruzan los versos en sonoros hemistiquios heptasílabos, fugaces y vertiginosos con velocidad mental.

A continuación está *Lesaca*, brumosa, somnoliente y triste que la conoció mi amigo en Septiembre del pasado año.

Son plásticas estas estrofas:

"Comienza á gotear: Lesaca llora;  
¡infeliz que de un astro se enamora!  
¡infeliz que un suspiro al sol envía  
ignorando que al sol, Andalucía  
le retiene en sus brazos tentadora!

.....  
Cuando llueve, Lesaca está preciosa:  
¡oh virgen desposada y lacrimosa!  
el velo por tu paz, gracil ondea  
y en su túnica verde, corretea  
una cinta de lluvia primorosa.

He citado lo que más me gusta y—para no pecar de prolífico—concluyo.

Juicios exactos sobre la personalidad literaria de Román Cortés, hallará el lector leyendo las dos cartas que al final del libro inserta firmadas por eminencias en la república de las letras: Salvador Rueda y Jiménez Campaña.

Sería una lástima que *Roce de ensueños* se confundiera con ese informe montón de broza poética que se está oxidando en el mercado literario bajo la herrumbre de un legítimo desprecio.

Y conste que no falta á la verdad aunque en el diseño de esta semblanza haya colaborado el amor intenso al amigo...

ELADIO ESPARZA.

## En una peluquería

Parroquiano.—¿Por qué se entretienen ustedes mientras cortan el pelo en relatar esas historias horribles de robos, asesinatos y otras por el estilo?

Peluquero.—Porque el parroquiano se asusta, se le ponen los pelos de punta, y así es mucho más fácil cortarlo.

—¡Ah!

## LA MANIA

Un padre casó á su hijo y le donó toda su fortuna. Quedóse á vivir el padre con los recién casados, y así pasaron dos años, al cabo de los cuales nació un hijo del matrimonio.

Fueron luego sucediéndose los años uno tras otro hasta catorce. El abuelo valedunario ya no podía andar sino apoyado en su bastón y sentíase sucumbir bajo la aversión de su nuera, la cual era orgullosa y vana, y decía continuamente á su marido:

—Yo me voy á morir pronto si tu padre continúa viviendo con nosotros. Me es imposible sufrirlo ya por más tiempo.

El marido se fué á encontrar á su padre y le habló de esta manera:

—Padre, salid de mi casa. Ya os he mantenido por espacio de doce años ó más. Idos á donde queráis.

—Hijo, no me echés de tu casa. Soy viejo, estoy enfermo y nadie me querrá. Por el poco tiempo que me queda de vida, no me hagás esta afrenta. Me contento con un poco de paja y un rincón en el establo.

—No es posible, idos; mi mujer lo quiere.

—Que Dios te bendiga, hijo mío. Me voy, ya que así lo desea; pero al menos dame una manta para abrigarme, pues voy muerto de frío.

El marido llamó á su hijo, que era todavía un niño.

—Baja al establo, le dijo, y dale á tu abuelo una manta de los caballos con que pueda abrigarse.

El niño bajó al establo con su abuelo, escogió la mejor manta de los caballos, la más holgada y la menos vieja, la dobló por la mitad, y haciendo que su abuelo sostuviera uno de los extremos, comenzó á cortarla sin hacer caso de lo que el anciano le decía:

—¿Qué has hecho, niño, exclamó el abuelo. Tu padre ha mandado que me la dieses entera. Voy á quejarme á él.

—Obrad como gustéis, contestó el muchacho.

El viejo sale del establo, y buscando á su hijo, le dice:

—Mi nieto no ha cumplido tu orden, no me ha dado más que la mitad de una manta.

—Dásela por entero, le dice el padre al muchacho.

—No, por cierto, contesta el rapaz. La otra mitad la guardo para dárosela á vos cuando yo sea mayor y os arroje de mi casa.

El padre, al oír esto, llamó al abuelo que ya se marchaba.

—Volved, volved padre mío, le dijo. Os hago dueño y señor de mi casa, lo juro por San Pedro. No comeré yo un pedazo de carne sin que vos hayáis comido otro. Tendréis un buen aposento, un buen fuego y vestidos como el que yo llevo.

Y el buen anciano lloró sobre la cabeza del hijo arrepentido.

VICTOR BALAGUER